

LA ENCARNACIÓN DEL VERBO [101-109]

Primera Parte

2026

Contemplación (día 18)

[45] PRIMER EJERCICIO ES MEDITACIÓN CON LAS POTENCIAS SOBRE EL 1º, 2º Y 3º PECADO; CONTIENE EN SÍ, DESPUÉS DE UNA ORACIÓN PREPARATORIA Y DOS PREÁMBULOS, TRES PUNTOS PRINCIPALES Y UN COLOQUIO.

Al comienzo de la Segunda Semana de los Ejercicios de mes que San Ignacio de Loyola nos ha dejado por escrito en sus notas, se comienza a contemplar los Misterios de la Vida de Jesús. Y el primer día y la primera contemplación es de la Encarnación, y contiene en sí la oración preparatoria, tres preámbulos y tres puntos y un coloquio.

Es decir, después de haber pasado la Primera Semana en la contemplación del pecado, de la misericordia, de la muerte, de la salvación que viene para el pecador de la redención de Cristo, invita al ejercitante a que durante esta semana (la segunda que es la más larga), de once o doce días, contemple los Misterios de la Vida de Cristo que son todos y cada uno de los pasajes que aparecen en su vida y aparecen en los Evangelios desde el Nacimiento y, antes incluso, la Anunciación y la Concepción hasta la Última Cena.

Vayamos a este primer acontecimiento o primera escena que aparece en la Sagrada Escritura. Hagamos como una lectura orante, creyente, de la Palabra de Dios, donde se nos anuncia y se nos explica cómo fue. Probablemente de esto sólo María era testigo y por tanto es Ella la que lo ha contado a los Apóstoles o a San Lucas que es el que lo transmite.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] *Oración.* La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

La historia: (Lc 1, 26-38).

En el mes sexto, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David. El nombre de la virgen era María. El ángel entrando en su presencia dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel. El ángel le dijo: «No temas María, porque has encontrado gracia ante Dios; concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin». Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco

varón?» El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible». Y María contestó: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y el ángel se retiró.

Petición:

[104] *3º preámbulo.* El 3º: demandar lo que quiero: será aquí demandar conocimiento interno el Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

Esta página evangélica es una de las más bonitas que se han escrito en la historia de la literatura, o en la historia de la literatura religiosa, o en la Biblia, porque es por un lado una Teofanía de las Tres Personas Divinas, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo; y por otra parte **un relato de vocación, de llamada, de anuncio y de respuesta.** Y en tercer lugar es el momento en que el Verbo se hizo carne en el seno virginal de María.

Desde el punto de vista vocacional están esos cuatro momentos en todo relato vocacional:

1- UNA VOCACIÓN.

La iniciativa es de Dios. Uno no puede inventarse su vocación. María no se ha inventado su maternidad divina, su embarazo virginal, sino que es el Ángel el que viene de parte de Dios, entra en la vida de María, representada en tantas iconografías como una mujer orante que está a la escucha de la Palabra de Dios; como nos dirá San Agustín: «María concibió primero en su mente y después en su vientre».

Entra Dios a través del Ángel con un saludo: ¡**Alégrate!** Dios viene a nuestras vidas para alegrar nuestras vidas. Nosotros a veces pensamos que seremos más alegres y estaremos mejor si no contamos con Dios. Es una gran equivocación porque en la medida en que nos acercamos a Dios, en la medida en que dejamos que Dios entre en nuestra vida, en esa medida participamos de la alegría de Dios, de la paz de Dios. ¡Alégrate, María!, la llena de gracia. La expresión griega es el perfecto pasivo, la requete agraciada, llenísima de la gracia de Dios. De aquí se concluye «concebida sin pecado». Es decir, no sólo estás llena de gracia, sino que al estar llena de gracia en ti no hay sombra de pecado, ni siquiera de pecado original, pero además tampoco de ninguno de los pecados personales, mortales o veniales. En María todo es armonía.

2- UNA LLAMADA.

Y al entrar el Ángel que la saluda con este piropo celestial, pero que es una Palabra de Dios y Dios habla en verdad, nos dice el Evangelio —segundo momento— que ***ella se turbó grandemente***. Cuando Dios entra en nuestra vida, aunque Dios siempre viene para darnos paz y alegría, pero muchas veces perturba nuestro estatus, nuestra situación, el momento en que estamos viviendo, dirá Adrienne von Speyr: «María fue turbada para ser dilatada». Y es que cuando Dios entra en nuestra vida y quiere ensanchar nuestra capacidad de disfrutar de Él, nuestra capacidad de caridad para con los demás, nuestra capacidad en todas las virtudes, produce cierta turbación, pero es con un resultado positivo.

El Evangelio nos dice que María *se turbó grandemente*; o sea, fue una turbación superlativa. «¿Quién es este? ¿Qué quiere? ¿A qué viene?». Lo expreso con estas palabras, aunque el Evangelio no dice nada de esto. Simplemente se turbó grandemente.

Viene un tercer momento de diálogo. Dios quiere entablar un diálogo con el hombre. No hace las cosas por imposición, ni por violencia, ni sin explicaciones. Dios cuando entra en nuestra vida, reclama nuestra libertad; y para que nuestra libertad se ejercite necesita conocimiento, necesita afecto, necesita sentimientos. Se pone en juego toda nuestra personalidad, como pasó en el caso de María.

«No temas... *has encontrado gracia ante Dios*», como que el Ángel la quiere pacificar. Y Ella escucha con atención. «... *concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús*». Y Ella pregunta en ese diálogo desde la fe: «¿*Cómo será eso pues no conozco varón?*». Es decir que no tiene intención de relaciones sexuales con un hombre. Ella estaba desposada con José, pero no han convivido juntos; incluso aquí se insinúa que tienen la intención de vivir en castidad, en virginidad. Y el Ángel le responde. En ese diálogo de la fe, en esa pregunta a Dios, a veces Dios permanece en silencio; pero normalmente nos habla, nos explica, nos da señales.

El Ángel le explica: «Será el Espíritu Santo el que vendrá sobre ti, y el que hará que tu virginidad sea una virginidad pletórica, llena de vitalidad, como lo es la Virginidad de Dios Padre al engendrar a Su Hijo Eterno. Dios Padre ha engredado a Su Hijo en la Eternidad sin concurso de nadie más, ni de dentro ni de fuera. Eso significa la virginidad, una sobreabundancia de vida tan grande que se genera vida por la acción de Dios y sin ningún otro concurso humano. «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la Virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, de modo que El que nazca será llamado Hijo de Dios. Será fruto de la acción del Espíritu Santo y de tu propio cuerpo, y de tu propio asentimiento y libertad».

3- UN ANUNCIO.

Viene otro de los estadios, el tercero: una señal. Dios no te pide la adhesión desnuda, pura, en el sentido de sin ningún apoyo. Dios te da signos que debes rastrear en tu vida, que debes discernir, que debes contrastar, que debes consultar.

El acto de fe no es una acción vertical descendente a la que se responde con una acción vertical ascendente. El acto de fe es una acción descendente de Dios en tu corazón que te lleva a ver los signos en la historia de tu propia vida o que te salen al encuentro.

Y el Ángel le dice: «*Abí tienes a tu pariente Isabel; está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible*». Esa es la **señal**: «tu prima Isabel», en la cual se manifiesta la acción de Dios en una mujer estéril y ya mayor, porque para Dios no hay nada imposible.

4- UNA RESPUESTA.

Viene el cuarto momento de este relato vocacional en que María responde: «*Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*». Es decir, la aceptación obediente en la fe con la propia libertad humana incorporada para decirle a Dios: «Sí; estoy dispuesta, estoy disponible».

Tengamos en cuenta que aquí aparece **Dios Padre** a través del Ángel, aparece el **Espíritu Santo** que es el protagonista de la Encarnación de la Segunda Persona que se hace Hombre en el seno de María Virgen; y aparece esa Segunda Persona que es el **Verbo hecho carne**: Las Tres Personas Divinas, y con Ellas, la colaboración humana, creada, de María. Ella nos indica el camino de cómo acoger la Palabra de Dios y los Designios de Dios en nuestra vida; y Ella nos enseña a responder positivamente a esta llamada de Dios, cuando nos consta con certeza que es llamada de Dios. Por eso, ahí están los signos, ahí está el diálogo desde la fe, ahí está a veces la consulta, a veces el tiempo de reflexión, para poderle dar a Dios una respuesta positiva. «*Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*». Aquí estoy, Señor; yo quiero hacer Tu Voluntad. Si Tu Voluntad me consta a través de estos mensajeros o de estas circunstancias que es ésta, aunque me costara la vida, aquí estoy para hacer Tu Voluntad. «*Hágase en mí según tu palabra*».

Quiero hacer notar, que en ese instante cronológico de la historia humana, María acoge la petición de Dios Padre a través del ángel y María responde con una actitud de obediencia; pero, en ese mismísimo momento, **el Verbo se hace carne y entra en este mundo con esa misma actitud**. Lo recordará la Carta a los Hebreos: «No te agradan los sacrificios ni los holocaustos, y me has dado un cuerpo; he aquí que vengo, aquí estoy para hacer Tu Voluntad» (cf. Hb 10, 5-7).

Cristo Obediente. Dos corazones

El Hijo de Dios entra en el mundo en el seno de María Virgen. Podemos contemplar cómo el corazón de Cristo, que irrumpe en la historia; y el corazón de María, que acoge la Palabra, sintonizan perfectamente en una misma disposición de obediencia, de ofrenda y de solidaridad con el género humano, para rescatarlo de la desobediencia que el pecado ha generado a lo largo de la historia.

Jesús es el Redentor, y su obediencia —no solo al comienzo, sino durante toda su vida y, sobre todo, en la cruz— será causa de nuestra salvación. Pero esa obediencia comienza ya en el instante mismo de la Encarnación y encuentra en María una actitud plenamente concordante.

María recibe de Dios y de su Hijo esta disposición de obediencia y de entrega; Jesús entra en el mundo con esa misma disposición. Por un instante en la historia de la humanidad, **dos corazones laten al unísono**: el corazón de Cristo nuestro Redentor, y el corazón de María su Madre Santísima y Madre nuestra en el orden de la gracia.

Contemplemos pues, este primer misterio de la vida de Jesús: su Encarnación y su Anunciación. Y lleguemos al coloquio al que San Ignacio de Loyola nos invita en los Ejercicios: «**Demandar lo que quiero**». Aquí será pedir conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre, para que más lo ame y lo siga **Cf [104]**.

Coloquio

El coloquio al que Cristo nos conduce en esta contemplación es un coloquio de amor en el silencio; un coloquio de alegría ante el misterio de la Encarnación; un coloquio también con María Santísima, principal colaboradora en este misterio y en toda la obra de la redención.

Es un coloquio para conocer mejor a Jesús. Y si la tónica dominante de la vida de Jesús y de su Madre es la obediencia y la adoración, también lo es la solidaridad con el género humano, para rescatarlo del poder de la muerte y conducirlo a la gloria.

La turbación de José. La obediencia

Esta página del Evangelio según San Lucas que nos anuncia la Encarnación, tiene su paralelo en el Evangelio según San Mateo (**Mt 1,18–19**), desde la perspectiva de José:

La generación de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José; y antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo.

José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en secreto. Pero apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor, que le dijo: «José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

Todo esto sucedió para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta: Mirad, la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa «Dios con nosotros». Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer; y sin haber convivido con ella, dio a luz un hijo, al que puso por nombre Jesús.

Tenemos aquí también un relato vocacional, aunque con una secuencia distinta de momentos. Ante todo, se manifiesta con claridad la iniciativa divina: es Dios quien interviene después de que los hechos visibles e históricos hayan sido constatados por el propio José.

José se encuentra con un hecho objetivo y verificable: María, con quien estaba desposado, aparece encinta. Y José entiende que Dios es quien ha intervenido. No alberga sospecha alguna sobre ella; conoce su integridad, su rectitud y su santidad. Interpreta lo sucedido como una intervención de Dios y decide retirarse en silencio. También él experimenta turbación: ¿qué está ocurriendo?, ¿qué lugar me corresponde a mí en este designio?

Entonces el ángel le dice en sueños: «No temas recibir a María, tu mujer, porque lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo». Y José, al despertar, hizo lo que el ángel le había mandado.

De este modo, José se convierte en **custodio y garante del misterio**: el de la virginidad de María y el de la Encarnación. Si este misterio ha sido posible gracias a la colaboración libre de María, se hace históricamente viable gracias a la obediencia y disponibilidad de José.

José no es padre biológico: es **padre virginal**, así como María es **Madre virginal**, pero sin su colaboración el misterio de la Encarnación no hubiera sido viable.

Así, el Hijo de Dios entra en el mundo con la colaboración virginal de María y con la disponibilidad virginal de José: cada uno en su nivel y en su grado, pero ambos han sido imprescindibles para que el Verbo se haga carne y habite entre nosotros.